

A la vida a través de la muerte (Juan 12:24-26)

Al terminar el estudio anterior nos preguntábamos cómo la cruz podía ser el medio por el cual el Hijo del Hombre iba a ser glorificado, y dijimos que una de las razones sería porque produciría una abundante cosecha de vida y salvación. Ahora vamos a ver exactamente cómo lo explicó el Señor Jesucristo.

“Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo”

(Jn 12:24) *"De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto."*

Por medio de un sencillo proceso natural que cualquiera podría observar, Cristo iba a revelar la necesidad de su muerte en la Cruz a fin de llevar mucho fruto para Dios. Él hace referencia al hecho de que las semillas sólo pueden producir plantas y fruto si previamente mueren en la tierra.

Como ya hemos considerado, los discípulos rechazaban la idea de que Jesús tuviera que morir en una cruz, pero tal como les explicó con esta sencilla ilustración, negarse a enterrar la semilla a fin de evitar su muerte, implicaría que serían privados de cualquier cosecha. Si deseaban ver frutos tenían que aceptar que muriera, de otro modo, su vida perfecta, sus increíbles milagros, o sus maravillosas enseñanzas, nunca podrían traer salvación a los hombres. Sólo su muerte en la Cruz, como la del grano de trigo, podría traer la bendición y la vida eterna a incontables almas necesitadas de salvación.

El principio involucrado aquí es que no se puede producir vida sin dar la propia. En este contexto la vida es el fruto del amor que se entrega sin reservas, hasta desaparecer si es necesario. El Señor ya había anticipado este mismo principio cuando dijo: *“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”* (Jn 10:11). Dar la propia vida es la suprema medida del amor divino. A los discípulos les podía parecer una pérdida, pero era la clave del éxito absoluto de la misión de Jesús.

Por esta razón, la muerte de Cristo no se presenta en ningún momento como una tragedia, sino que siempre es contemplada como una pérdida que termina con ganancia, como una inagotable fuente de vida espiritual para todo el mundo.

La tragedia habría consistido en negarse a hacerlo. El Señor dijo que *“si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo”*. En el terreno humano hemos visto infinidad de veces que las personas egoístas acaban estando solas. Y en el ámbito espiritual del que estamos hablando, si Cristo no hubiera entregado su vida por nosotros, nunca podríamos estar con él en el cielo.

Es curioso, pero en algunas tumbas egipcias de hace casi cuatro mil años se han encontrado granos de trigo, pero ya no tienen vida. Podemos imaginarnos la enorme cosecha que habrían podido producir si durante todo el tiempo en que estuvieron guardados hubieran sido continuamente sembrados, pero al no hacerlo, nunca dieron fruto, sino que quedaron solos.

Ahora bien, ¿a qué se refería el Señor cuando dijo que *“queda solo”*? Bueno, estamos viendo que aparte de la Cruz no era posible que hubiera una cosecha espiritual. Quiere decir, por lo tanto, que el Hijo estaría en el cielo con el Padre y los ángeles elegidos, pero sin ninguno de los hijos de los hombres. Y su deseo más profundo era *“llevar muchos*

hijos a la gloria” (He 2:10). Además, tampoco se habría formado la Iglesia de Cristo, ni existiría una nueva humanidad engendrada de Dios.

De todo esto se deduce que Cristo estaba pensando en una muerte sustitutoria. Él moriría a fin de que los suyos pudieran llegar a tener la vida. A nosotros no nos debería resultar extraño este principio, porque también en el ámbito humano, a una escala infinitamente menor, hemos escuchado de grandes empresas que han llegado a triunfar porque hubo personas dispuestas a sacrificarse y entregar sus vidas por ellas.

Antes de acabar este punto, nos gustaría comentar que nos sorprende una vez más la sabiduría divina del Señor, siendo capaz de explicar las cuestiones más complejas de una forma tan sencilla que cualquiera podía entenderlas. Nosotros también deberíamos aprender a simplificar e ilustrar adecuadamente las cosas. No hay ningún mérito en usar un lenguaje tan técnico y sofisticado que deje fuera de su comprensión a la mayoría de las personas. Una actitud así es pura vanidad intelectual que no sirve para nada.

Quien desee la salvación debe morir primero

(Jn 12:25) “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.”

El Señor iba a morir para que los hombres podamos tener vida, pero ahora nos enseña que también cada uno de nosotros tenemos que morir para poder entrar a esa vida eterna que él iba a conseguir por su muerte. Como vemos, se sigue aplicando el mismo principio absoluto del reino de Dios: por la muerte a la vida.

No obstante, es importante aclarar que los resultados del sacrificio de Cristo y del nuestro son completamente distintos. La muerte de Cristo produce vida para los demás, mientras que nuestra muerte sólo sirve para apropiarnos de los beneficios de lo que él ha conseguido para nosotros.

En cuanto al versículo que tenemos aquí, lo encontramos repetido en todos los evangelios, lo que es una clara demostración de su importancia: **(Mt 10:39) (Mt 16:25) (Mr 8:35) (Lc 9:24) (Lc 17:33)**. Ahora bien, debemos hacer algunas aclaraciones.

Algunos han interpretado estas palabras como si el Señor estuviera intentando disuadir a los discípulos para que no esperaran honores y recompensas terrenales si le seguían. Quería hacerles comprender que la identificación con él tendría mucho más de renuncia y sacrificio que de privilegios en este tiempo presente.

Y no hay duda de que lo anterior iba a ser cierto, pero no es el sentido de lo que el Señor estaba comunicándoles. Hace un momento acababa de decir que el grano de trigo tenía que morir para producir vida, y también en el contexto en que esta cita aparece en los otros evangelios, siempre está implícita la muerte. Miremos por ejemplo:

(Mt 10:38-39) “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.”

Aquí queda claro que el verdadero discípulo de Jesús debe “*tomar su cruz*” a fin de poderle seguir. Ahora bien, esta expresión ha sido usada muchas veces de una forma incorrecta, para referirse, por ejemplo, a alguna tragedia que tenemos que soportar. Oímos a las personas decir: “¡Vaya cruz que me ha tocado!”. Pero en realidad, la cruz era un instrumento de ejecución, similar a una silla eléctrica o a una inyección letal. Por lo tanto, cuando el Señor dijo a quienes quisieran ser sus discípulos que tenían que tomar su cruz, lo que les estaba diciendo es que tenían que morir, no simplemente que tendrían que pasar por algún tipo de dificultad desagradable.

Es muy probable que muchos de nosotros no seamos llamados a sufrir una crucifixión física, pero en todo caso, debemos experimentar una crucifixión espiritual. El apóstol Pablo lo expresó con claridad: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2:20).*

Cuando muchos cristianos leen este versículo parecen pensar que se trata de algo que sólo deben hacer aquellos que deseen vivir un grado de consagración especial, pero la verdad es que no es eso lo que el Señor está enseñando. Cada uno de nosotros debemos morir a nosotros mismos y a nuestra voluntad para que podamos vivir para la gloria de Dios.

Esta misma verdad es repetida una y otra vez por los apóstoles en sus epístolas. El mismo bautismo cristiano es un símbolo de nuestra muerte juntamente con la muerte de Cristo **(Ro 6:1-14)**.

Una vez que hemos dejado claro este asunto, debemos examinar las expresiones que el Señor usa aquí.

I. “El que ama su vida la perderá”

Comencemos haciéndonos algunas preguntas ¿qué tiene de malo amar nuestra vida? ¿A qué vida se refiere aquí?

Como vemos a continuación, el Señor está contrastando la vida presente con la vida eterna, y según su planteamiento, es imposible amar la vida de aquí y la de allí al mismo tiempo, puesto que ambas son radicalmente diferentes; se basan en principios contrapuestos. Los goces de este mundo no son los del Reino eterno de nuestro Salvador. No se puede morir al pecado juntamente con Cristo y al mismo tiempo seguir viviendo conforme a los principios de este mundo que ha rechazado a Cristo.

Por lo tanto, *“el que ama su vida”* es aquel que deposita todos sus afectos en esta vida presente marcada por los principios de este mundo. Y por supuesto, si ama su vida de esa manera, no querrá morir con Cristo, que es la única forma de apropiarse de los beneficios conseguidos en la Cruz.

Así que, quien tenga en mayor aprecio su vida presente que la venidera, acabará por perder o destruir su propia vida. Notemos que el Señor quiere que entendamos que amar esta vida es un proceso autodestructivo que acabará precisamente con aquello que buscamos preservar. La persona que se entrega a los placeres egoístas y rehusa servir a Dios, llegará el momento en que se avergonzará cuando descubra que al terminar su vida aquí no le habrá quedado nada de todo aquello en que la gastó.

Es curioso que muchas veces el creyente no se entrega totalmente al Señor por temor a perder algo de su vida, pero Jesús nos advierte que poner límite al compromiso por apegarse a la vida presente, llevará inevitablemente al fracaso.

Por lo tanto, *“amar la vida”* es dejar de dar prioridad a los intereses del Reino de Cristo a fin de vivir de forma egoísta y materialista, buscando nuestro propio provecho personal, sin tener en cuenta los intereses de Dios y de nuestro prójimo. Para el hombre del mundo esta es la única forma razonable de emplear la vida, pero Cristo dice que la única forma de protegerla es entregársela a él.

Veamos dos ejemplos de lo que queremos explicar.

En primer lugar un ejemplo positivo. Pensemos en un hombre que después de conseguir un doctorado en una prestigiosa universidad se va a vivir a una región inhóspita de la selva a fin de poder traducir la Biblia al idioma de los nativos. Muchos le considerarán un

loco, porque en lugar de gozar de una buena posición en su país, considerarán que está malgastando sus estudios universitarios enterrándose en una tribu perdida. Claro está que los hombres considerarán que está perdiendo la vida, pero ante los ojos de Dios la estará ganando.

El segundo ejemplo es negativo y lo encontramos en la Biblia. Tiene que ver con algunos gobernantes del pueblo judío, que aunque creían en Cristo, no se atrevían a confesarlo a causa de los fariseos para no ser expulsados de la sinagoga, *“porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn 12:42-43)*. En este contexto, la *“gloria de los hombres”* sería equivalente a *“amar su vida”*. En ambos casos está implícito el orgullo humano, las ansias de poder, de autopromoción, los placeres, las riquezas... cosas que como el Señor dijo, no debemos amar.

Nuestro amor por Cristo debe llevarnos a olvidarnos de nuestros propios intereses para buscar los suyos. Al fin y al cabo, Cristo amó más nuestra vida que la suya cuando murió en la Cruz, y nosotros debemos seguir su ejemplo y amarle a él más que a nosotros mismos. Cuando tenemos que elegir entre Cristo y las cosas de este mundo, el contraste es tan grande que no deberíamos dudar en seguir a Cristo.

Por supuesto, la experiencia de morir no es agradable, pero es necesario dar muerte a lo carnal, humano y pecaminoso si queremos disfrutar de la verdadera vida de Dios.

Ahora bien, es importante aclarar que el Señor no estaba promocionando una vida de ascetismo, como muy bien explicaría más tarde el apóstol Pablo (1 Ti 4:1-5), sino que a lo que habría que dar muerte son a aquellas cuestiones que son pecaminosas y que de alguna manera entran en conflicto con los intereses del Reino de Dios.

2. *“El que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”*

Obviamente no debemos entender el término *“aborrecer”* de una forma literal. Se trata de una expresión semítica que tiene la connotación de dar preferencia a una cosa sobre otra. Por ejemplo, dice la Escritura, *“a Jacob amé, más a Esaú aborrecí” (Mal 1:2-3)*, dando a entender que dio prioridad a Jacob sobre Esaú. En (Lc 16:13) dijo el Señor: *“Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”*. Es decir, no se puede preferir las posesiones materiales en lugar de a Cristo. Y lo mismo ocurre con la familia (Lc 14:27): *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”*. Y en esta misma categoría podríamos incluir las metas, los planes o deseos que podamos tener al margen de Cristo.

Por lo tanto, el principio que debemos seguir es que siempre que encontremos que los intereses de Cristo entran en conflicto con los nuestros, debemos dar la prioridad a los suyos. Y debemos dejar esto tan claro como sea posible, sin temor a dar la impresión de que incluso aborrecemos las cosas de este mundo.

Cuando miramos estos versículos, nos damos cuenta de que Cristo estaba estableciendo una serie de contrastes bien delimitados: amar y aborrecer, perder y conservar, este mundo y la vida eterna, todo ello a fin de mostrarnos que debemos elegir entre unos u otros. Pero antes de hacerlo quiere que reflexionemos seriamente sobre ellos y comparemos las pérdidas y las ganancias de cada posible decisión. Debemos darnos cuenta también de que no existe un terreno intermedio. El llamamiento de Cristo a seguirle siempre implica un compromiso radical. Como él mismo dijo: *“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mt 12:30)*.

Todo esto es tan importante porque si no morimos a este mundo, nunca podremos llevar fruto agradable para Dios. De la misma manera que el vaso de alabastro de aquella mujer que se acercó a Jesús tuvo que ser quebrado a fin de que se liberara la dulce fragancia del precioso unguento que contenía, así también nosotros debemos morir al viejo hombre a fin de que se pueda expresar el nuevo hombre creado a la imagen de Cristo (**Mr 14:3**). No hay otro camino. Si queremos expresar la dulce fragancia de Cristo en este mundo, debemos tener la voluntad de ser vasos rotos.

El Señor ya nos ha enseñado que es imprescindible que el grano trigo caiga en la tierra y muera si ha de dar fruto. Este es el único camino posible a la salvación, pero también a una vida de discipulado fructífero. A no ser que estemos dispuestos a sacrificar nuestras expectativas, arriesgar nuestra reputación, propiedades, salud, hogar, lazos familiares... por la causa de Cristo, no llevaremos fruto sino que quedaremos solos. Únicamente cuando sepultamos nuestros intereses y ambiciones personales es cuando comenzamos a serle útiles a Dios.

Antes decíamos que todas las señales milagrosas que Cristo hizo no habrían tenido ningún beneficio eterno sin su muerte en la Cruz, y del mismo modo, todo lo que nosotros hagamos, aunque sean obras milagrosas, no tendrán valor alguno si no morimos con Cristo.

¡Qué pocos son los que aborrecen sus vidas presentes! ¡Cuántos las aman y no se preocupan por otra cosa que por conseguir que sean más cómodas y agradables! ¡Cuántos olvidan las ganancias eternas de una vida entregada a Cristo! ¡Qué pocos entienden que la única manera segura de guardar la vida es siendo fieles a Cristo, crucificando la carne con todos sus afectos y apetitos!

El Señor afirma que quien aborrece su vida en este mundo, *“para vida eterna la guardará”*. Con esto viene a establecer otro principio espiritual que es aplicable a todos sus seguidores: la vida en plenitud comienza con la muerte a las cosas de este mundo, o lo que es lo mismo, quienes vayan a participar de esa vida gloriosa que Dios ha preparado, deben abandonar previamente su vida de hombres caídos. Cuando un cristiano entiende y llega a apropiarse de estas verdades, toda su vida se revoluciona, y aunque el mundo piense que estamos perdiendo la vida, al final nos daremos cuenta de que no hemos perdido nada, sino que hemos ganado mucho.

La grandeza viene por el servicio

(Jn 12:26) *“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.”*

I. *“Si alguno me sirve, sígame”*

A lo largo de todos estos versículos estamos viendo que la relación personal con Cristo es prioritaria. Ahora se nos dice que para poder ser auténticos discípulos del Señor debemos servirle, y para ello es necesario seguirle allí donde él está.

Ahora bien, estas palabras debemos entenderlas a la luz de su contexto, donde el Señor claramente está hablando de su sacrificio y muerte. Esta es la única forma posible de servir al Señor. Ahora lo vuelve a enfatizar.

Nos encontramos aquí con algunas cuestiones que son muy obvias, pero que debemos comentar.

En primer lugar vemos que no es posible servir al Señor sin seguirle. Esto resulta lógico: no podemos servir a Cristo y permanecer atados al mundo que nada quiere saber de él.

Porque no lo olvidemos, el camino que el Señor ha trazado para los suyos no es el que este mundo, al que ya no pertenecemos, tiene diseñado para nosotros.

Por otro lado, servir a Cristo implica aceptar seguir sus pisadas (**1 P 2:21**), compartir su suerte, hacer lo que él hizo, enseñar lo que él enseñó, relacionarnos con este mundo como él lo hizo. El cristiano no debe esperar coronas, riquezas, honores o posiciones elevadas allí donde Cristo no las tuvo. Por el contrario, significará ser rechazados, menospreciados, insultados, perseguidos, sufrir pérdidas y la hostilidad allí donde Cristo la sufrió. Servir a Jesucristo de esta manera exige más abnegación de la que la mayoría de los que se llaman cristianos están dispuestos a aceptar en sus vidas.

Los verbos “seguir” y “servir” que el Señor empleó, son imperativos en el tiempo presente, y describen una acción continuada. Esto sugiere una actitud de obediencia constante. No un servicio selectivo, de manera ocasional, cuando nos apetezca o nos venga bien. Se trata de servir al Señor cuando tengamos ganas y cuando no, cuando las personas nos aplaudan y cuando nos persigan, cuando brille el sol y cuando las nubes no nos deje ver su luz...

La idea de servicio se está perdiendo en nuestro mundo moderno. Muchos comerciantes, empresarios y políticos, lo son por lo que pueden sacar de los demás, sin pensar jamás en lo que pueden aportar a otros. Sólo buscan hacerse ricos para que otros les sirvan. En realidad, este era el concepto del Reino de Dios que los discípulos esperaban, y del que tal vez estén llenos muchos creyentes en el día de hoy. Pero el Señor enseñó que la verdadera grandeza se obtiene por medio del servicio: *“Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (Mr 10:42-44).*

Servir al Señor implica obedecerle. No podemos servirle como a nosotros nos da la gana, porque eso sería engañarnos a nosotros mismos. Hemos de servirle de acuerdo a lo que él nos enseña en su Palabra. Otro tipo de servicio no será agradable al Señor.

Por lo tanto, aunque los griegos querían “ver a Jesús”, lo que él vino a decir es que eso no sirve de nada si no se le sigue con una actitud de renuncia a lo nuestro y de servicio abnegado a él. Por supuesto, esta clase de cristianismo no recibe muchos elogios del hombre, e incluso es definido por algunos llamados cristianos como extremista o fanático.

2. “Y donde yo estuviera, allí también estará mi servidor”

Muy probablemente, si servimos al Señor de esta forma que él nos ha enseñado, el mundo nos menospreciará y excluirá, pero aquí encontramos una reconfortante promesa de Cristo: *“donde yo estuviera, allí también estará mi servidor”*. Esto nos ofrece un enorme ánimo para seguirle y servirle sin temor a lo que el mundo nos pueda hacer. Porque estar con Cristo donde él está, es infinitamente mejor que cualquier cosa que nos pueda ofrecer este mundo.

El principio detrás de esta promesa es claro y lo encontramos en otras muchas partes de la Escritura: Nuestra identificación con Cristo en esta vida presente implica también estar con él en todo lo demás. Veamos cómo lo expresó el apóstol Pablo: *“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef 2:4-6).*

Por supuesto, esta es una promesa exclusiva para los creyentes. A los judíos incrédulos les dijo: *“A donde yo estaré, vosotros no podréis venir”* (Jn 7:34) (Jn 8:21).

Y es una promesa que apunta claramente al momento cuando Cristo sea glorificado en el cielo (Jn 14:3) (Jn 17:24). Cuando pensamos que estaremos con Jesús en el cielo, esta es la mayor felicidad que podemos imaginar.

Quizá podemos entender mejor todo esto de lo que estamos hablando por medio de una ilustración extraída del Antiguo Testamento. Está relacionada con el rey David. Recordamos que uno de los momentos más amargos de su vida tuvo lugar cuando su propio hijo Absalón le dio un golpe de estado. David tuvo que abandonar Jerusalén y partir al destierro. Fueron momentos muy difíciles para él. Pero es interesante notar que cuando él había sido despreciado por su propio hijo, y por algunos que él consideraba sus amigos, hubo algunos hombres fieles que estuvieron a su lado y le apoyaron. En ese contexto, es especialmente interesante el caso de Itai geteo, porque él no era un judío, sino un extranjero, pero se unió a David con estas palabras: *“Vive Dios, y vive mi señor el rey, que o para muerte o para vida, donde mi señor el rey estuviere, allí estará también tu siervo”* (2 S 15:19-21). Esta misma debe ser nuestra actitud hacia el Señor Jesucristo. Y por cierto, tanto Itai geteo, como los otros hombres que le fueron leales en el tiempo en que David fue despreciado, luego recibieron importantes honores en su reino junto a él.

3. *“Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”*

Y esta es la segunda promesa que el Señor hizo a sus discípulos: *“mi Padre le honrará”*. Él sabía que sus discípulos carecerían del honor y el amor de los hombres, pero el honor del Padre habría de compensar increíblemente todo lo demás.

Como creyentes no esperamos recompensas en este mundo. Aquí lo que recibiremos será el escarnio, el ridículo, la oposición, las burlas y la persecución del mundo. Sin embargo, el Señor ofrece suficientes incentivos a los que le siguen. Cuando el Padre nos honre en la presencia de los ángeles y de los hombres, veremos que su alabanza es infinitamente mejor que cualquier cosa que el mundo nos pueda ofrecer.

Al fin y al cabo, el honor se mide por quién lo confiere. Y en este caso, se trata del honor que el Padre otorga, el más alto y duradero de cuantos pueden existir.

Esta honra, distinción y grandeza que se obtiene por el servicio al Hijo de Dios, es la que realmente permanece y vale la pena. Pero notemos que no se trata de algo que se obtiene de repente, sino que se alcanza por medio de una vida de servicio.

En cuanto a la razón por la que el Padre los honrará, es porque han servido a su Hijo. No olvidemos que el Padre ama al Hijo y honrará a todos aquellos que le sirvan fielmente. La antigua promesa del Señor sigue siendo cierta: *“yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco”* (1 S 2:30).

¿Qué puede haber más grande que estar durante toda la eternidad con Cristo y ser honrados por su Padre?